

AUTOMEDICACIÓN, UN HÁBITO MORTAL

Hugo Rodrigo Mendoza Trujillo

En la actualidad, se ha dejado de lado aspectos importantes en la vida de una persona, ya sea porque el individuo lo crea irrelevante considerarlos o porque la sociedad lo muestra así. Esta es la situación en la que se encuentra muchas veces la salud. Se cree que visitar a un doctor, realizarse análisis o algún examen médico es una pérdida de tiempo y dinero si la persona se siente “bien”. Sin embargo, este estado de bienestar es relativo; la persona puede estornudar unas cuantas veces al día y aun decir que está bien, cuando en realidad desarrolla un cuadro de catarro. Es cuando se devalúa el sentido de la salud y se empieza a formar un fenómeno que pone en riesgo la salud y la vida de uno mismo, la automedicación. Este concepto hace referencia al consumo de medicamentos sin la asesoría ni control de un médico. Se ha observado minuciosamente que un sector muy vulnerable a este fenómeno es la comunidad universitaria. Esta considerable porción de la población, en general, no cuenta con mucho tiempo, está expuesta a diferentes enfermedades, presenta inadecuados hábitos alimenticios, tiene muy poco acceso a información acerca de su salud, estudian y/o trabajan durante jornadas extensas y están expuestas a mucho estrés. Por estas razones, la comunidad universitaria es un foco clave en donde la automedicación se ha convertido en el día a día de estas personas. Es de vital importancia para este sector conocer las consecuencias y repercusiones que la automedicación genera en la salud física, psicológica y social de un individuo. Por este motivo, en el presente ensayo, se expondrán las razones por la cual la automedicación no es una medida para combatir enfermedades.

Un estudio realizado en Perú y Bolivia afirma que un considerable sector de la población define como eficiente a la automedicación para el tratamiento de enfermedades y para el mantenimiento de la salud. Sin embargo, esta afirmación es incorrecta. No solo no trata las enfermedades ni mantiene la salud, sino esta es una amenaza para el organismo, ya que está comprobado que provoca dependencia y adicción hacia diversos fármacos que se consumen comúnmente sin prescripción médica. Un medicamento muy consumido alrededor del mundo, y nuestro país no es ajeno a estos, son los tranquilizantes junto con los ansiolíticos y antidepresivos. Los primeros son considerados como tranquilizantes menores, que son fármacos con acción depresora del sistema nervioso central, que disminuye o elimina los síntomas de la ansiedad; los segundos son medicamentos psicotrópicos, los cuales son empleados para el tratamiento de trastornos depresivos mayores. A lo largo de los años, se ha pensado que estos fármacos no generan hábito; sin embargo, la supresión brusca del medicamento puede provocar reacciones adversas. Una característica de los ansiolíticos y los antidepresivos es que estos no crean cambios inmediatos y es necesario que se administre por varias semanas, lo que lo convierte en un tema muy delicado. Existen numerosos casos que al retirar la dosis el paciente experimenta síntomas de privación. Por este motivo, a lo largo del tratamiento, se va disminuyendo paulatinamente la dosis en un largo periodo de tiempo.

Hoy en día, el valor adquisitivo de estos fármacos no es muy elevado y normalmente pueden encontrarse en cada farmacia. Al estar al alcance de cualquier persona, se empieza a comercializar con mayor facilidad y así su índice de consumo aumenta. El excesivo consumo de estos medicamentos trae consigo consecuencias graves, primero en lo personal y social. Luego, la persona empieza a experimentar grandes cambios y alteraciones en el sueño, comportamiento y personalidad. Posteriormente, después de su consumo desmesurado, las repercusiones en la salud se vuelven más significativas; se produce una dependencia, causada por el largo periodo de consumo sin control. Es, de esta manera, cómo puede afectar a la salud el ingerir diversos medicamentos sin supervisión médica

alguna. Por este motivo, la automedicación no es eficiente para el tratamiento de enfermedades, ni mucho menos para el mantenimiento de la salud, sino que esta causa dependencia y adicción al fármaco, junto con las diferentes consecuencias de consumirlo por un periodo largo y sin control de dosis.

La automedicación, como se ha visto anteriormente, tiene grandes repercusiones en la salud al generar dependencia y adicción. Pero esta no sólo influye en la persona, sino que también en los microorganismos que se quiere atacar. Sin embargo, esta influencia, muy diferente al del humano, fortalece a estos microorganismos; entonces, como consecuencia perjudica a quien se automedica. Esto ocurre, normalmente, cuando se consume antibióticos. Los agentes patógenos que se encuentran en el organismo del individuo están en una reproducción constante; entonces, si uno va al médico y este le receta un antibiótico para combatir a estos microorganismos y cumple con el tratamiento completo, uno se cura y continúa con su vida normal.

Pero, ¿qué ocurre cuando nos automedicamos? Generalmente, no existe un tratamiento; por lo tanto, no se sabe por cuánto tiempo se debe administrar el antibiótico. Al no saber esta variable de tiempo, la persona consume el medicamento hasta “mejorarse” y no sentir los síntomas de la enfermedad. Sin embargo, el cuerpo no se cura solo por no sentir los síntomas; algo ocurre dentro de nuestro organismo que es extremadamente peligroso. Al seguir con el tratamiento completo, se ataca al microorganismo responsable de la enfermedad hasta que desaparece; en cambio, al no hacerlo, solo se le debilita. Este microorganismo debilitado, aun dentro de la persona, empieza a mutar y a cambiar su estructura genética y se adapta al medio, lo cual genera una inmunoresistencia que lo protege del antibiótico que se administró al inicio. Entonces, este agente ya no es vulnerable a este antibiótico, por lo que se debe administrar uno más potente. Pero, ¿qué pasaría si este microorganismo desarrolla la misma resistencia hacia el nuevo antibiótico?

Este es el caso del *Streptococcus pneumoniae*. Este neumococo es capaz de causar, en seres humanos, procesos invasivos severos (sepsis, meningitis) y diversas infecciones (neumonía, peritonitis, sinusitis, etc.). Este microorganismo se desarrolló de tal manera que formó una serie de proteínas de formas alteradas de unión a penicilina de alto peso molecular, que presentan una baja afinidad por el antibiótico. Esta resistencia desarrollada hacia la penicilina afecta directamente a los demás β -lactámicos. A su vez, este desarrolló una resistencia a los macrólidos, al modificar la metilasa ribosómica, y a las quinolonas. Todos estos factores fueron modificados a lo largo del tiempo y hoy en día el *Streptococcus pneumoniae* es el principal microorganismo causante de neumonía adquirida en la comunidad (NAC).

A este caso se le suma la *Pseudomonas aeruginosa*, microorganismo patógeno presente en plantas y seres humanos. Este infecta el tracto pulmonar, el urinario, heridas, tejidos y otras infecciones de sangre. Walker, en el 2001, demostró que en la colonización radicular este microorganismo forma biofilmes que desarrollan resistencia contra antibióticos secretados por las raíces. El mecanismo de resistencia de este agente patógeno es similar al anterior microorganismo expuesto y también presenta múltiples mecanismos hacia los antimicrobianos. La resistencia hacia los antibióticos β -lactámicos se basa principalmente en la impermeabilidad de la membrana externa del *Pseudomonas aeruginosa* junto con la síntesis de cefalosporinasa cromosómica inducible y en una contribución menor las betalactanasas de origen plasmídico.

Por último, se tiene al *Staphylococcus aureus*. Este es una bacteria que se desarrolla a nivel mundial. Es la causante de una amplia gama de enfermedades, desde infecciones cutáneas o conjuntivitis, hasta enfermedades de riesgo vital como meningitis, sepsis o neumonías. Su mecanismo de resistencia es diferente a los anteriores microorganismos ya mencionados. Este ha desarrollado la capacidad de sintetizar una enzima llamada betalactamasa, la cual es la responsable de hidrolizar a los β -lactámicos. Al mismo tiempo,

el *Staphylococcus aureus* hiperproduce la penicilasa gracias a la intervención de ciertos plásmidos. Esto trae como consecuencia la degradación de penicilinas naturales y penicilinas semisintéticas. De esta manera, a inicios de la segunda década del siglo XXI, más del 80% de las cepas de *Staphylococcus aureus* son resistentes a la penicilina.

A partir de los agentes patógenos citados en este artículo, se puede observar que estos microorganismos tienen una gran capacidad de mutar y desarrollar propiedades resistentes a diferentes antibióticos, incluso a la penicilina. Por esta razón, la automedicación es considerada como un medio que proporciona un ambiente ideal para que estos microorganismos puedan evolucionar y convertirse en una amenaza mayor para la humanidad.

En conclusión, la automedicación no debería considerarse como medida para el tratamiento de enfermedades ni para mantenimiento de la salud. En primer lugar, el consumo de un medicamento sin el control médico necesario, puede desencadenar en una adicción hacia algún fármaco y la dependencia de este. En segundo lugar, la automedicación no es, por ningún motivo, una medida de combate de los microorganismos patógenos, sino todo lo contrario, los fortalece. Por estas razones, esta se convierte en una de las más grandes amenazas hacia nuestra salud. En mi opinión y al mismo tiempo como recomendación, debemos empezar a ordenar nuestras prioridades y colocar a nuestra salud primero antes que todo. Dejemos de una vez esos hábitos que pueden traer grandes consecuencias para nuestras vidas, ya no nos dejemos engañar por la publicidad que sólo nos quiere seducir hacia un camino más fácil para “sentirnos bien”. No busquemos un bienestar momentáneo, busquemos la vida. No será que por “facilitarnos la vida” terminemos siendo víctimas de un hábito mortal.